El silencio

Estel

Capítulo 1

Lo conoció por la mirada apremiante, por el aliento acelerado que disparó fétidos chorros de inquietud caliente en su rostro. Como siempre, sintió un estremecimiento, pero tratar de alejarse era inútil; el contacto íntimo resultaba algo inevitable por aquellas latitudes y además, era la única forma en que la marea humana no podría arrastrarlos en direcciones opuestas.

---Doctor Bá J'eng, quede advertido. Mi organización conoce cada uno de mis movimientos.---mintió.

---Entonces… ¿seguro que deseas hacer esto?

Gimmu metió la mano en su bolsillo interior y sacó un pequeño bulto del tamaño de una pera. El doctor le dio por su parte una tira de papel con algunos datos. Hicieron la transacción ahí mismo, en la calle. Ambos sabían que se hallaban muy lejos del Enclave; bien podrían haber fornicado en la plaza pública sin que nadie los mirara: los lugares especiales no existían en el Área Gris porque el espacio entre un hombre y otro era tan reducido que todo se convertía en una misma masa viviente, tan compacta que las acciones individuales se volvían invisibles. En noches lluviosas como aquella, parecía que un cardumen de sombras se revolvía sobre las banquetas en una sola dirección, en un flujo incesante de cabezas y piernas uniformes.

Hacía poco que Gimmu se encontraba en las Urbes Externas. Había llegado por su propio pie después de una travesía de más de un año. En realidad no las conocía todas, pues la región que llamaba el Área Gris era tan vasta que decían incluso que llegaba a rozar los verdaderos confines de la tierra. Este era el objetivo: escapar de la constante para buscar algo, no sabía con certeza qué, pero estaba seguro de que no se encontraba en su ciudad de origen ni tampoco en las populosas extensiones de miembros humanos que reinaban por aquellos lares. Así que había tomado (silenciosamente, por supuesto) una decisión que lo afectaría todo: en primer lugar, había abandonado la ciudad de los muros negros, de las calles tan amplias como el horizonte; el sitio donde había visto el eterno crepúsculo por primera vez tras haber tomado la primera bocanada de aire. Sin duda, extrañaba un poco el aire del Enclave: el de las Urbes Externas tenía tan poco oxígeno que habría respirado mejor en Marte. De todas formas, esas poblaciones contaban con un control atmosférico suficiente para alimentar la existencia de billones de personas… así se explicaba por qué hurtarse mutuamente las pocas trazas de oxígeno circulantes era considerado un acto cotidiano al que nadie daba la importancia necesaria. Se trataba, además, de un problema para

el cual no existían remedios eficaces.

Pero Gimmu había ido un paso más allá: había llegado al punto de querer deshacerse del Rumor, y lo había decidido con todo el aplomo que su largo sufrimiento le confería. El sangrado había aparecido en su decimosegundo cumpleaños, manchando sus años de pre adolescencia, y de ahí hasta su etapa de adultez. De haberse tratado de una simple hemorragia, un accidente fisiológico sin otra consecuencia que la necesidad de cambiar de ropa frecuentemente, Gimmu habría aprendido a ignorarla. Sin embargo, los largos periodos de espera y los consejos de los médicos no habían hecho más que aumentar la desesperación que le ocasionaban los incidentes, porque el fluido carmesí traía consigo un estado mental de pesadilla que parecía transportar a su víctima a una fosa infernal. Lo peor era el zumbido. Había adquirido mayor consciencia de su horrible incidir cada vez que ambos oídos, torturados por punzadas gélidas, comenzaban a sangrar. Entonces, parecía que todo el peso de la Gravedad lo aplastaba, hundía, rebanaba y pulverizaba. Un sentimiento de horror lo poseía, las lágrimas también empapaban el cuello de sus camisas y el maldito zumbido, castigo incomprensible que lo obligaba a retorcerse, amenazaba con reventarle el cerebro. Entonces le habían llamado al hospital, para decirle que habían logrado construir una teoría alrededor de ese mal desconocido: si se trataba de una anomalía o del resultado de una debilidad personal con motivaciones científicas, vamos, un experimento iniciado subrepticiamente por el fallecido médico familiar, no lo sabían; lo que sí sospechaban, era que el fenómeno afectaba directamente al dispositivo encargado de transmitir el Rumor como señales especializadas al sistema neural. En otras palabras, el Rumor que le había sido implantado (al igual que al resto de sus compañeros de generación) durante los primeros días de su nacimiento, era un producto defectuoso o manipulado. Año tras año, le habían insinuado que no existía cura. Los doctores preferían concentrarse en la oportunidad de utilizar a Gimmu como un sujeto de estudio antes de procurar aliviar sus sufrimientos. Y por encima de todo, nadie hubiera imaginado siquiera que una vida desprovista del Rumor fuera algo realizable. Pero él había llegado a su límite. Y también a las Urbes Externas, donde los tabús y los prejuicios del Enclave se veían forzosamente desafiados.

Aun así, Bá J'eng y sus asistentes se mostraron vacilantes cuando lo acostaron en una camilla sin esterilizar. Se encontraban en una trastienda a pocas manzanas del mercado más pobre de la ciudad. Un olor mezcla de verduras e inmundicias se colaba desde el ventanuco de la tienda abandonada hasta el improvisado quirófano.

---Sólo hice la operación una vez---fue su turno de advertir cuando estuvo inclinado sobre el paciente con la mascarilla de anestésico en la mano---… el hombre murió después de veinte horas.

---No importa---replicó el otro, impasible---. Cualquiera que sea el resultado, será mejor que esto…---y, arrebatándole la máscara, aspiró hondo y contó hasta diez.

El último reducto se empezó a desdibujar en la distancia. No tenía cúpulas de hechura sintética que sirvieran para hacer rebotar los rayos del sol en el desierto. Ahí no existía el crepúsculo, sino un mediodía despiadado que se correspondía con el trajinar imparable de los trabajadores; ellos no admitían mercancía del Enclave, y debían mantener su propio engranaje económico (si así podía llamársele a tal intento lastimoso de comerciar y subsistir con los frutos insípidos de su destartalado sistema de agricultura interna) funcionando con la precisión de un reloj si no querían que los elementos acabaran de quitarlos del mapa. Ahí, las personas se aventuraban más lejos de lo que jamás hubieran hecho en el mundo civilizado: hasta los abrevaderos marrones en la periferia, hasta los montículos de arena rojiza y las matas de plantas espinosas que bebían de la energía intermitente, suspirosa, de la ciudad subdesarrollada.

Entorpecido por el calor abrasador, Gimmu avanzó hasta que, volviéndose sobre el hombro, pudo ver únicamente la reverberación del aire y las formas de los habitantes más intrépidos, recolectando agua del abrevadero. Comenzaba a tener una sensación de maravilla, sobre todo porque nunca en su viaje, y jamás en su vida, había encontrado una concentración demográfica tan baja. El vendaje de su cabeza no lo protegía de los ataques implacables del sol, así que siguió su camino en dirección a no sabía dónde, en el borde de lo desconocido. Al principio no lo notó, pues el Rumor, incluso después de su extracción, sometía a su cerebro a un efecto retardado. Pensaba escuchar las charlas perpetuas, las transmisiones publicitarias, las conversaciones, la música incesante. Lo mantuvo agobiado, cansado, aletargado, hasta que el sol bajó y una nueva sensación lo atenazó de golpe. Nunca había sentido frio. Pero ahí, solo al borde de la hondonada, las bajas temperaturas lo hicieron temblar. Después sus ojos, mejor adaptados a la luz filtrada de las horas tardías, se enfocaron en algo cuya inerte forma puntiaguda asomaba de la tierra. Gimmu se aproximó, y su sangre excitó la arteria que, corriendo por su cuello, se hinchó y deshinchó en un lapsus casi furioso.

Sus manos buscaron, como siempre, y desgarraron la cortina de arena. El primer cadáver todavía tenía piel, todavía tenía ojos. Se quedó de piedra, callado. Y entonces se percató de que, entre las canciones de sexo y júbilo, los partidos de futbol, baloncesto y los anuncios publicitarios, detrás de los informes del noticiero, los programas de opinión, los concursos de comedia y los programas de iniciación al estrellato y por encima de las audionovelas, podía escuchar un sonido extraño, jadeante, angustioso… su propio aliento.

Entró en pánico. Lo único que pudo hacer fue empuñar las manos, asirse a la tierra como si su vida dependiera de ello. Una especie de trance fue a

alojarse en su pecho, quizá porque era la única manera de estabilizar lo que había sacudido una percepción tan espantosa. Siguió tomando puñados de arena cobriza, la mirada perdida en un punto intermedio entre sus dedos y la mueca del cadáver que había desenterrado tan inocentemente. Removió la arena resoplando, y entre sus lloriqueos de total indefensión descubrió varios cuerpos más, todos momificados, todos mirándolo: hombres, mujeres y niños. Una familia, un clan, un pueblo entero. Entre respiraciones terroríficas que no hacían sino acrecentarse, el susurro de la muerte se coló en el cerebro de Gimmu, quien habiendo nacido en el Enclave, jamás había tenido que pensar en ella. Escarbó hasta que no quedó un solo cabello oculto de la vista del cielo, y salió corriendo, casi sin aliento, hasta que un paso en falso le hizo precipitarse directamente al fondo de la hondonada.

Ahora el Rumor desapareció por completo.

Yació de espaldas, tosiendo bajo la nube de polvo que había levantado con la caída. El vendaje no le había protegido del golpe. Gimiendo y con trabajos, Gimmu se dio la vuelta. Un dolor sordo le subió desde un pie. Un latido infernal que se tragaba todo… el latido infernal de su primer aliento en aquella tarde, el día de otro nacimiento, otro entre millones. Millones por segundo, cada segundo empobrecido...

Se arrastró como pudo hasta el resguardo de la pared de roca, sin atreverse a hacer un movimiento. Las lágrimas, insoportables en su mudo gotear al caer por tierra, lo orillaron a rechinar los dientes. La imagen de los cuerpos se apareció en su mente, y todo era horriblemente silencioso.

No le quedaba otra opción que resistir. La confusión se adueñaba de su psique dividida: ya que no podía morir, tenía que vivir. Lo mejor, lo único que debía hacer era cerrar los ojos…

Un movimiento lo sobresaltó casi enseguida. Un animal. Se aproximó desde la espesura, o mejor dicho los yermos labrados por el tiempo entre las placas de roca dentada. Gimmu se sintió desfallecer. La angustia era si acaso peor desposeído del Rumor que había lacerado sus oídos: ojos hundidos, flaquez mórbida, lengua hinchada, miembros convulsos, el paso tambaleante. La ruina de aquella imagen se volvió en su dirección: la bestia lo miró fijamente, sin un sonido. Supo al fin por qué el Enclave, poderosa corona en la cabeza de la civilización, había implementado el Rumor en sus felices habitantes… ¿quién podía soportar la mirada del silencio? Y fue el silencio, reuniendo sus últimas fuerzas, quien pareció agrandarse a los ojos inyectados de Gimmu, más y más cada vez, antes de saltar sobre él y devorarlo.